

10835.00

81

**iis**

**AVANCES  
DE INVESTIGACION**

AÑO 1992

Nº 81

PROGRAMA:  
SUBJETIVIDAD Y CULTURA POLITICA DEL COSTARRICENSE:  
UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA

MANUEL SOLIS A., *I.I.S.*  
ALFONSO GONZALEZ, *I.I.P.*

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
UNIVERSIDAD DE COSTA RICA

---

El Instituto de Investigaciones Sociales publica la Serie Avances de Investigación con el propósito de suscitar debates y críticas antes de su publicación definitiva.

**Ilustración de la contraportada: Serpiente emplumada, Cerámica Vallejo Policromo de la Gran Nicoya, Guanacaste, Costa Rica. Propiedad de Molinos de Costa Rica.**

La serpiente emplumada se manifiesta como una constante de la simbología precolombina desde América del Norte hasta América del Sur y está relacionada con la sabiduría semi-divina a lo largo de la historia.

---

Correspondencia y canje dirigirlos a:  
Centro Integrado de Documentación  
Centroamericano en Ciencias  
Sociales (C.I.D.C.A.S.)  
Instituto de Investigaciones Sociales  
Ciudad UNiversitaria Rodrigo Facio  
Código 2060  
San Pedro de Montes de Oca  
San José, Costa Rica

**UNIVERSIDAD DE COSTA RICA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES**

*PROGRAMA DE INVESTIGACION*

**SUBJETIVIDAD Y CULTURA POLITICA DEL COSTARRICENSE:  
UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA**

**Responsables del Programa:**

*Dr. Manuel Solís A. , I.I.S.*

*Msc. Alfonso González, I.I.P.*

**AVANCE N. 81**

**Febrero, 1992**

## INDICE

	<b>Página</b>
<b>PRESENTACION</b>	ii
<b>1. INTRODUCCION</b>	
Justificación del Programa (CPC)	1
<b>2. UN PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO</b>	3
<b>3. ASPECTOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA POLITICA COSTARRICENSE</b>	5
3.1 Problemas de la investigación	6
3.1.1 La legitimidad y los procesos electorales	7
3.1.2 La ruptura entre la vivencia de lo político y la participación en el proceso electoral	8
3.1.3 El desfase entre la constitución de la sociedad civil y la política	11
3.1.4 El poder y la constitución de la subjetividad	15
<b>4. ASPECTOS ADMINISTRATIVOS</b>	19
4.1 Participantes	19
4.2 Aprobación de proyectos	19
4.3 Otros aspectos	20
<b>BIBLIOGRAFIA</b>	20

## PRESENTACION

El programa de investigación "Subjetividad y cultura política costarricense" es una iniciativa conjunta del Instituto de Investigaciones Psicológicas y del Instituto de Investigaciones Sociales. El tema de interés es una aproximación a la historia nacional en un intento por poner un puente entre los problemas del poder, la cultura nacional y las conductas individuales y colectivas. Esta intersección vuelve a poner en el primer plano el análisis de la diada individuo-sociedad, un área de investigación que en los últimos años parece haber estado fuera del interés de los sociólogos, sicólogos e historiadores.

El intento por recuperar una perspectiva de trabajo interdisciplinaria en relación al tema de la cultura, el poder y la subjetividad responde a la convicción, compartida por los proponentes, de que la especialización acontecida en las Ciencias Sociales, ha conducido a una delimitación maniquea de áreas y objetos de estudio, que ha empobrecido a cada una de las disciplinas y ha impedido plantear adecuadamente un conjunto de problemas teóricos y políticos fundamentales, que se localizan, analíticamente, en el área oscura donde las distintas especialidades parecen superponerse.

Desde este punto de vista este programa pretende ofrecer un espacio de convergencia y reflexión para profesionales de distinta procedencia, interesados en el estudio de problemas cuyo esclarecimiento sobrepasa los límites de la propia disciplina y para los cuales, no obstante, el aporte especializado es indispensable. Así formulado el interés principal, no sobra decir que los comprometidos con este programa están concientes que el éxito del mismo depende en buena medida de la incorporación de investigadores que procedan de otras tradiciones que no sean solamente las de la sociología y la psicología. El intento por avanzar en la construcción de modelos de análisis que se propongan ir más allá de la solución ecléctica es, en el caso de este programa, una meta antes que un punto de partida. En aras de la misma sus puertas quedan abiertas a todas aquellas personas que de alguna manera se identifiquen con las reflexiones que a continuación exponemos, y que no pretenden ir más allá que de levantar problemas y generar interrogantes que nos ayuden a avanzar en la dirección propuesta.

Dr. Manuel A. Solís  
Director  
Instituto Investigaciones  
Sociales

## PROGRAMA DE INVESTIGACION

### SUBJETIVIDAD Y CULTURA POLITICA DEL COSTARRICENSE: UNA PERSPECTIVA INTERDISCIPLINARIA

#### 1. INTRODUCCION

##### *JUSTIFICACION DEL PROGRAMA (CPC)*

El programa de investigación sobre la Cultura Política del Costarricense obedece a la urgente necesidad de fortalecer el papel de la Universidad frente a la sociedad en la cual está inserta. Los proponentes del programa consideran que un aspecto central de esta función es la creación de conocimientos que permitan interpretar la compleja realidad sociopolítica por la que atraviesa nuestra sociedad, los cuales sean, a la vez, herramientas útiles para preveer los posibles rumbos que ella ha de tomar de cara a la centuria que se aproxima.

Durante los últimos cuatro lustros fue un lugar común en la agenda política y académica la idea de que nuestra sociedad se encontraba en crisis. Recurrentemente y desde diversas posiciones se habló de crisis en la industria y en el agro, de crisis en la balanza de pagos y de crisis de valores y de proyectos. Estos temas aparecían de una u otra manera ligados a discursos anti-dependentistas de distinto signo, según los cuales incidir sobre alguna de las "crisis" era también impactar en las relaciones de dependencia.

En la actualidad esta perspectiva tiende a desaparecer; la conciencia social ha recategorizado y desplazado nociones como las de crisis y dependencia. En su lugar afloran con más fuerza los conceptos de reestructuración y ajuste. La economía nacional, las instituciones, el tejido social e internacional deben ser "reestructurados", se dice. Este nuevo acento expresa la nueva forma de conciencia social que progresivamente se ha ido imponiendo, conforme a la cual se remodela el presente y se perfila el porvenir. Ya no se estaría en una "crisis", sino en el umbral de una situación de transición; ¿transición hacia qué y a qué costo social?

Las respuestas a estas preguntas son múltiples y están diversamente condicionadas. En este sentido parece urgente reforzar las instancias de reflexión académica que intentan sobreponerse a los determinantes cortoplacistas de las luchas políticas y electorales. Desde este punto de vista, el reto de

vislumbrar las alternativas a las que nos estamos enfrentando demanda, entre otras cosas, una lectura más detenida de lo que ha sido la cultura política nacional, de sus orígenes y fundamentos y de sus posibilidades de sobrevivencia, dadas las exigencias presentes y futuras.

El eje temático central de este espacio de reflexión académica serían las formas en que el poder ha sido representado, vivido y ejercido en distintos momentos de nuestra historia y por distintos grupos y sectores sociales. Esta sería una aproximación histórico-cultural a la temática de las relaciones del poder que trascendería el marco meramente estatal, al incorporar la dimensión íntima o individual y la dimensión pública o colectiva. Este salto hacia un enfoque más totalizador se deriva de la forma como las diferentes ciencias sociales se han ocupado de la reconstrucción de nuestra historia; en ella se verá con facilidad el sesgo hacia el Estado sin sujetos, en las tradiciones más preocupadas por lo macrosocial, o bien los sujetos sin sociedad y Estado, en las centradas en lo microsociaL.

## 2. UN PROGRAMA INTERDISCIPLINARIO

La temática que se propone investigar dentro de este programa rebasa los límites de cualquier enfoque unilateral de la realidad y en ese tanto no puede ser llevado a cabo por investigadores formados en una sola disciplina.

Las ciencias sociales han estado permeadas por modelos teórico-analíticos que privilegian el aislamiento de sus objetos de estudio. El resultado ha sido una tendencia al parcelamiento de la realidad que, de una parte, ha contribuido al aislamiento entre las distintas disciplinas, en menoscabo de cada una de ellas y, de otra, a la consolidación de modelos teórico-analíticos que, salvo excepciones notables, han sido incapaces de integrar en una sola perspectiva de análisis aquellos procesos relativos a la historia de las colectividades y aquellos otros atinentes a las historias de los individuos. Entre estas dos dimensiones de lo humano se ha establecido una fractura, con más frecuencia asumida que problematizada.

Un acercamiento al problema del poder desde el punto de vista de sus manifestaciones culturales nos confronta con esta situación nuevamente. El interés por el poder tanto desde el punto de vista de sus expresiones institucionales como de sus manifestaciones subjetivas e intersubjetivas plantea la exigencia de un giro epistemológico y, por lo mismo, de un trabajo interdisciplinario en el que se intentarían integrar las perspectivas de lo sociogenético y lo psicogenético. Este doble acercamiento, a su vez, lleva a la recuperación de la historia como el proceso totalizador y englobante de lo que devino en social e individual. El presente y el pasado, en tensión entre sí, tendrían un significado central para la constitución de nuestra temática. El estudio del poder como relaciones sociales (formas de interacción) culturalmente significativas y en proceso, plantea la urgencia de incorporar la dimensión del pasado como el remanente de lo anterior que, por su ausencia o presencia, todavía condiciona el presente; el pasado, en este carácter ambiguo de lo que persiste y de lo que está ausente, es lo que se proyecta sobre el futuro como un posible destino. En esta medida se impone, también, una lectura interdisciplinaria del presente.

Por lo anterior, el programa se propone llevar a cabo una serie concatenada de estudios que incluyan las dos dimensiones temporales mencionadas. Por una parte el programa buscará dar cobertura a aquellas investigaciones que, desde la perspectiva de interés escogida, alumbren nudos problemáticos relevantes a lo largo del siglo XIX y XX. Por lo menos parcialmente, la definición de lo relevante estaría condicionado por las consecuencias que, desde el presente, se le imputan a los temas que devienen problema. Por otra parte, también tendrían cabida la descripción y análisis de

fenómenos políticos más coyunturales, significativos de cara al futuro y, también relevantes en cuanto que puedan develar nuevas formas de interrogar el pasado. En suma, los proyectos pretenderán contemplar un modelo multiaxial compuesto por el individuo y la sociedad, y sus relaciones, dentro de la dimensión temporal, el pasado, el presente y el proceso de su transición, tanto como sus mutuas determinaciones.

El movimiento libre en el tiempo (pasado-presente-pasado) sería un complemento necesario de la perspectiva interdisciplinaria por la que se aboga, la cual queda determinada en sus conceptualizaciones y categorizaciones por el modelo multiaxial antes propuesto.

### 3. ASPECTOS SOBRESALIENTES DE LA CULTURA POLITICA COSTARRICENSE

La necesidad y la búsqueda de una nueva interpretación de la historia costarricense surge en la década del 70 con los trabajos pioneros de José Luis Vega Carballo (1980) y Rodolfo Cerdas Cruz (1978). Estas audaces interpretaciones, en un momento donde la investigación sobre la historia social y económica de Costa Rica aún estaba en ciernes, ofrecieron un punto de partida para las investigaciones de mayor contenido empírico que tuvieron lugar en la década del 80, con las nuevas generaciones de científicos sociales, especialmente historiadores y sociólogos.

De este gran esfuerzo colectivo ha surgido una remozada interpretación de la historia social, económica y política de Costa Rica, sobre todo la de los siglos XVIII, XIX y XX. Sabemos ahora, gracias a estos estudios, que la visión de la historia costarricense heredada de la social democracia, especialmente a través de los trabajos de Rodrigo Facio (1978) y de Carlos Monge Alfaro (1980), es inexacta en varios aspectos. La Costa Rica precafetalera no era un universo económico cerrado que languidecía en la economía de subsistencia; la Costa Rica cafetalera tampoco era un universo social igualitario y ninguna de las dos eran sociedades exentas del conflicto y la confrontación social.

Pero como lo ha demostrado la reciente conmemoración oficial del "centenario de la democracia costarricense, 1889-1989", se debe hacer un esfuerzo continuo para que esta reinterpretación se afiance y gane espacio en la conciencia social frente a las versiones oficiales más cargadas de intereses ideológicos partidarios. Así, mientras el discurso oficial ha mirado en los acontecimientos de noviembre de 1889 el nacimiento de la democracia costarricense, los historiadores han señalado las manifestaciones sociales, manipuladas políticamente, de las primeras crisis de la sociedad agroexportadora.

En este movimiento hacia una reinterpretación de la historia costarricense, la historia política ha sido la última en ser abordada y emprendida. Esto es comprensible, dado que la historiografía costarricense había estado dominado por la historia política positivista; por ello, la historia económica, demográfica y social tuvieron un lugar preferencial en las visiones emergentes. El presente programa de investigación, así, se inserta en este movimiento de reinterpretación que se inicia en la década del setenta, se prolonga en la del ochenta y recupera, recientemente, el campo de la historia política costarricense.

Usualmente la historia nacional se suele describir conforme a una perspectiva que subraya la existencia de dos grandes rupturas. La primera, según esto, tuvo lugar en el siglo XIX y correspondería

a la constitución del Estado agro-exportador liberal. La segunda tendría lugar a finales de la primera mitad del siglo XX y correspondería a la constitución del Estado benefactor o socialdemócrata. Estas dos rupturas se han vertido en discursos que los crean y recrean y que, a su manera, les dan a éstas dos fases límites y contornos precisos que, luego, se sintetizan en la forma de "proyectos políticos". El proyecto liberal con su acento en el progreso ha sido contrapuesto al proyecto socialdemócrata con su énfasis en el Estado. Según esta lectura, el liberalismo decimonónico habría muerto definitivamente en 1948.

El distanciamiento de esta lectura polarizante y estructuralista de la historia ha puesto de relieve la necesidad de recuperar una perspectiva de continuidad y discontinuidad relativas (Solís, 1990). Las investigaciones más recientes sugieren la existencia de un tejido social básico, constituido entre 1830 y 1890, que sobrevive, en un despliegue conflictivo, hasta la segunda mitad del siglo XX. El proceso de modernización que se aceleró después de 1950 pretendió ser una vía para darle continuidad a un orden social y político que, todavía a la altura de 1945, aparecía frente a los modernistas como un legado que tenía que ser defendido. En la defensa explícita o tácita de la Costa Rica que venía de la primera mitad del siglo, venía también una defensa de rasgos fundamentales de los cimientos sociales e ideológicos de la República Cafetalera que emergió en las últimas décadas del siglo XIX. En la distinción entre un campo de rupturas modernizantes (lo económico) y un campo de conservación-depuración (la sociedad y la política), hecha por los líderes originales del Partido Liberación Nacional, está la base para entender la presencia del pasado en la política actual y junto a ella, como soporte, la persistencia de conductas y percepciones de lo político altamente estereotipadas, cuya génesis son anteriores a 1950. En este tanto, la presente sociabilidad política debe ser estudiada en perspectiva histórica: la primera mitad del siglo XX y, más atrás, la República Cafetalera emergente en 1871 han dejado en ella una impronta decisiva y, por lo mismo, condicionan aun las posibilidades del futuro. Las palabras del historiador Lowell Gudmundson (1990) resuenan crípticamente en este punto: "Facio y el Partido Liberación, en lo esencial sólo sistematizaron aquellos elementos dispersos ya presentes en la mentalidad y mitología nacionales. La proyección hegemónica de esta construcción es más evidente hoy en la cultura política y en el sistema educativo formal." (op.cit., p. 20).

### 3.1 Problemas de investigación

Hecha esta presentación general, caben señalar algunos de los principales problemas de investigación que se ubicarían en esta área de trabajo. Ellos se abordararán en la forma de

investigaciones específicas que se concentrarían en estos nudos de interrogantes o bien, buscarían vínculos entre los mismos.

### 3.1.1 La legitimidad y los procesos electorales

Por una parte está la legitimidad del orden político y social existente y el papel que en ello tienen los procesos electorales. Al respecto llama la atención a cualquier observador el grado de compromiso de la mayoría del pueblo costarricense con la institución del sufragio y con los agrupamientos políticos oficiales, que cada cuatro años compiten por el poder. Significativo en este caso es el grado de participación popular al momento de depositar el voto y la concentración de las preferencias en las dos alternativas tradicionales, con el consecuente descrédito de las otras que, real o ficticiamente, pudiesen representar algún tipo de tesis de ruptura. Sobre este particular, es interesante la manifestación de Acuña Ortega (1991) de que "...el sistema político costarricense depende hasta la fecha del supuesto de la no autonomía organizativa y de proyecto de las clases subalternas." A lo que agrega su duda de si "...el sistema político costarricense sería capaz de adaptarse a la presencia de partidos políticos sólidos, propios o mayoritariamente representativos de los intereses y aspiraciones de largo plazo de los grupos sociales populares." (op. cit., p.204).

Los procesos electorales en la forma como se han venido sucediendo en los últimos cuarenta años son la prueba empírica para el costarricense promedio, de que en este país se vive una democracia; la participación en el proceso electoral es un acto de afirmación e identificación con esta democracia. Esta certeza, aparentemente, no ha sido conmovida por el proceso de descomposición económica que tuvo lugar después de 1981. La conciencia política del costarricense y su experiencia cotidiana de los costos de la reorientación de la política económica, parecen evolucionar en distintas direcciones, o cuando menos, a diferente ritmo. Una vieja pregunta vuelve entonces al primer plano:

¿Cómo es posible que, dadas las dificultades crecientes para sobrevivir con que tropiezan diariamente la mayoría de los costarricenses, la mayor parte de ellos persitan en una actitud de fidelidad y adhesión política para con la institucionalidad existente?

González, Jensen y Campos (1991) han sugerido que una posible respuesta a esta pregunta puede buscarse en la disociación que existe en la cultura política nacional entre lo que son las esferas de la producción social y las del consumo social. De acuerdo a esta disociación, el costarricense promedio enfrenta "lo político" como un ámbito de consumo mercantil que se renueva cada cuatro años y no como un quehacer individual y colectivo, informal e institucional, que se lleva a cabo diariamente desde la esfera de acción de cada individuo y grupo social. Así, indican: "Los partidos políticos se ven obligados... a formar opinión... Pero en este proceso, que es explícitamente equivalente al comercio de imágenes, el acontecer electoral, el comportamiento social y los mensajes persuasivamente relevantes, y por ende toda la esfera política, se convierten potencialmente o de facto en parte de la esfera de consumo." (op. cit., p. 25). No obstante, el problema requiere de mayor indagación, pues aún resta establecer las formas como se induce y reproduce esta disociación en la esfera de lo político y en otras dimensiones de la vida individual y colectiva.

En suma, la situación anterior nos enfrenta al menos con los siguientes interrogantes:

¿Cuál ha sido el proceso psicosocial de conformación de las representaciones sociales costarricenses que soportan la legitimación de instituciones tales como los partidos políticos, el sufragio, otras organizaciones politizadas o no politizadas? ¿Cuál es la vinculación actual de los costarricenses con dichas instituciones? ¿De qué manera se ha logrado que la lealtad de los grupos se dirija hacia ellas y legitime unas pocas alternativas políticas? ¿Qué significa con exactitud la lealtad de masas que reciben las opciones electorales en la actualidad? ¿Cuál es la dinámica en el espacio de la agonística de lo público por medio de la cual ciertos grupos sociales determinan las opciones de otros?

Estas preguntas enfatizaron el aspecto de la vivencia íntima de la legitimidad. En este sentido ellas pretenden complementar otras investigaciones que se aproximan a este tema poniendo el acento en la dimensión institucional de este fenómeno. Sobra decir que, en estas cosas, la colaboración y la retroalimentación mutua es indispensable.

### **3.1.2 La ruptura entre la vivencia de lo político y la participación en el proceso electoral**

La ruptura entre la vivencia cotidiana y la conducta político electoral del costarricense se complica con un segundo corte que tiene lugar en la esfera política misma:

Para un sector considerable de la población, la política (y con ella los políticos de profesión) están asociados con prácticas cínicas e "inmorales", con prácticas de distribución desigual de prebendas y privilegios. Fuera del clímax de la coyuntura electoral (antes o después) la imagen del político es la de la figura que profita del puesto público, sin consideración de lo que serían los intereses colectivos y comunitarios. A ello está asociado también la imagen del político como un personaje lejano, sin comunicación con el electorado que lo eligió.

Desde esta perspectiva aflora una vivencia y una concepción de lo que es la democracia que se experimenta cotidianamente. Ella está relacionada con la verticalidad, la atomización de las voluntades y con la ausencia de participación popular. Las voces que en las campañas electorales proclaman a un postulante y condenan al otro, son ahora voces apagadas o disminuidas, que no sólo dudan seriamente de la posibilidad de ser escuchadas, sino también, dudan profundamente de que allá arriba, en la esfera especializada de la política, exista alguien que quiera escucharlas.

Nuevamente para la comprensión de estos procesos y fenómenos existen valiosas investigaciones pioneras. Salazar Mora (1990) ha puesto de manifiesto que esta calificación de lo político como la esfera del egoísmo, la traición, la mentira, la manipulación, en fin, la degradación moral, fue una representación que surgió consustancialmente a la consolidación de la República Liberal durante las tres últimas décadas del siglo XIX. A la vez, Barahona Riera (1986) ha demostrado, para esa época, que las representaciones de la mujer, al configurarse alrededor de la pureza y belleza morales, actuaron como un recurso social mítico-mágico que reaseguró la supervivencia del todo social. Así, el poder patriarcal se propuso que la mujer no ingresase al mundo de la política electoral, pues veía en tal evento la posibilidad de la profundización de la degradación moral y espiritual que ya caracterizaba a este ámbito social. González (inédito) ha expuesto, complementariamente, que una vez que la mujer ingresó al mundo de la política, con su reconocimiento del derecho al voto, este reaseguramiento mítico-mágico de la supervivencia de la sociedad se canalizó hacia la constitución de un discurso sobre la patria representada como una enteleguía transhistórica. Generalizando este enfoque, Quesada Soto (1986) ha mostrado, a la vez, como esta degradación de lo político tuvo lugar en el proceso de consolidación de las relaciones capitalistas y como, a la vez, su crítica moralizante se llevó a cabo desde la perspectiva de las relaciones patriarcales aún supervivientes. Por otra parte, González (1986), en su análisis del discurso ideológico de los pequeños y medianos cafetaleros, ha sugerido que esta representación impersonal y distante del poder surge hacia el final de la década del cuarenta del presente siglo, cuando los grupos

y sectores sociales protagónicos se enfrentan con la decadencia de las figuras políticas paternas (y cercanas) y la emergencia de un discurso social tecnocrático y racionalizante.

Este nivel "desencantado" de vivencia de lo político parece tener, además, una relación con la renuncia a toda utopía trascendente. En sentido estricto, nadie espera un gran cambio después de un proceso electoral, pero tampoco se busca. Más bien, en concordancia con el juicio cínico sobre los políticos, lo que parece privar son las pequeñas utopías egoístas y antisolidarias, cuyo resultado es una esperanza oportunista de participar en la distribución de prebendas y favores que tendrá lugar, o bien, de favorecerse con las eventuales reacciones gubernamentales ante los problemas que fueron enfocados por el programa electoral que sirvió de ariete para el grupo en ascenso. Desde este punto de vista, la política electoral es "útil" o "aprovechable". Es la parte explotable de un mal necesario con el que se ha aprendido a convivir simbióticamente. Este análisis no sólo es una respuesta a la pregunta recién planteada (punto 3.1.1), también conlleva otro interrogante:

¿Cómo se puede explicar, desde el punto de vista de lo político cultural, el que los individuos y grupos con algún potencial objetivo de contestación social, lleguen a sentirse parte del sector social que cada cuatro años asume el control de las cúpulas de dirección política del país?, ¿cuáles son los mecanismos extra-económicos por medio de los cuales se coopta el potencial de cambio?, ¿qué tipo de mecanismos subjetivos y simbólicos se activan?

Las respuestas a estas preguntas apenas se asoman en el lejano horizonte. González, Jensen y Campos (op. cit.) han argumentado que una vez que el proceso electoral se conforma de acuerdo a la dinámica del consumo mercantil, los grupos subalternos buscan rentabilizar su voto, efecto para el cual, si se nos permite el término, "especulan" con él a cambio de las promesas y compromisos de los políticos del momento. Sin embargo, persiste la pregunta de por qué el desencanto de la gestión gubernamental no lleva a un replanteamiento de la vivencia mercantil del proceso electoral. En otras palabras, ¿por qué el pueblo no reacciona ni con una negación conciente (política) ni con una negación desencantada o pesimista ("apolítica")?

Es claro que aún no han sido lo suficientemente estudiadas, para nuestra historia, las vinculaciones tan ricas en consecuencias entre la conformación del ethos social que determina el ámbito de lo político y la ética personal, públicamente asumida, que le juzga, asimila y readequa. Un programa como el propuesto no puede

dejar pasar la oportunidad para lograr reconstruir la historia de las vinculaciones entre el ethos y la ética de la dimensión política de la cultura nacional, tanto como la forma como dichas relaciones históricas determinan sus actuales vinculaciones y mutuas determinaciones.

### **3.1.3 El desfase entre la constitución de la sociedad civil y la política**

Si a las anteriores observaciones sumamos la experiencia colectiva de una vida política en la cual los golpes y contragolpes entre élites (del siglo XIX) fueron seguidos por una lenta depuración del mecanismo electoral, en la que hasta 1948 hubo siempre espacio para el fraude e incluso para las interrupciones del orden constitucional, habría entonces que suponer que la legitimidad de la esfera política --lo distintivo actual-- no es el producto de la esfera política misma; no es la consecuencia de algún tipo de experiencia particular que se pudiera expresar en una cultura política más "madura o profunda".

Por lo tanto, para entender esta esfera --la solidez de que goza-- habría que retroceder a un nivel prepolítico y pensar en una legitimidad antecedente, que toca la particularidad del tejido social nacional. Este se integra y adquiere una legalidad que es anterior a la legitimidad de lo electoral y que revierte al final pacificando y legitimando esta esfera.

En otras palabras, la sociedad civil se articuló antes que la sociedad política; en un proceso desfasado la legalidad que se impuso en los procesos de interacción social alcanzó, después de 1949, a traducirse también en una legalidad consistente referente a la rotación del poder, que puso en el fiel de la balanza el voto popular.

La incorporación del pueblo como protagonista de los procesos electorales y como factor último decisivo de los resultados de los comicios, tendría que ser pensada como un momento más del proceso de conformación de un tejido de interacciones sociales que, ya antes de 1949, subrayaba la dimensión de la integración y no de la exclusión. Las ambivalencias que se expresan en la esfera de la política (la afirmación democrática y la carga negativa que acompaña a lo político) refieren, por lo menos en parte, a un tejido social que logró también armonizar la dimensión de la verticalidad y la desigualdad con la de la simbiosis y la convergencia de intereses entre desiguales. El problema acá, que se va traduciendo progresivamente en las instituciones y prácticas políticas, es la gestación de una cadena de interdependencias en

la cual ningún eslabón de la misma puede prescindir absolutamente del otro, no obstante la desigualdad en las cuotas de poder con que cada cual cuenta. Esta situación tiene una dinámica particular; persiguiendo sus intereses específicos los distintos "momentos" de ese encadenamiento tratan de volcar a su favor la correlación de fuerzas existente, sin perder de vista que, el preservar el tejido donde estos intereses se buscan maximizar, es para todos, también, un interés particular.

El aporte de la historiografía costarricense es altamente esclarecedor de las raíces históricas de este "contrato social" entre desiguales. Molina Jiménez (1991, pp.49-68) rastrea sus orígenes hasta el legado colonial de los siglos XVII y XVIII. Centrando sus investigaciones principalmente en el período 1750-1830, Molina Jiménez (op. cit.) concluye que el legado colonial debería interpretarse en términos de la dominación del capital comercial sobre una sociedad fundamentalmente agrícola donde el campesinado conformaba una economía de subsistencia que realizaba sus excedentes periódicamente. Puesto que este diagnóstico no es equivalente a la representación tradicional de una sociedad sin crecimiento económico y demográfico, tal como lo demuestra el autor, habría que entender esta herencia en términos de una explotación realizada en base a la ganancia de enajenación, es decir, en términos de un trueque donde el comerciante vendía caro y compraba barato. Molina Jiménez (op.cit.) demuestra, además, que la pervivencia de este intercambio económico desigual creó una relación de dependencia recíproca entre el capital comercial y el campesinado. Aquel pudo consolidar su dominación y explotación sobre éste gracias a que el campesinado nunca pudo acumular capital suficiente como para no depender de las habilitaciones del comerciante; pero, a la vez, el campesinado logró consolidar su autonomía relativa al evitar su plena incorporación mercantil y la pérdida inevitable de sus medios de producción.

Ya en el período de la independencia y de la República, Molina Jiménez (1991, pp.69-108) demuestra que la estructura socioeconómica costarricense experimentó una transformación radical que, sin embargo, no logró deshacer, plenamente, el legado colonial que arrastraba. Diferentes factores se conjugaron para que esto ocurriera de este modo. Por una parte, siguiendo el trabajo de Fonseca (1983), Molina Jiménez (op. cit.) señala que durante el período colonial el campesinado se había garantizado su acceso a la tierra. A la par, la existencia de una población indígena relativamente pequeña en relación a la población total del Valle Central y en posesión de vastas extensiones territoriales, hizo que el proceso de acumulación primitiva de capital no significara el despojo y la pauperización de amplias masas campesinas. Más aún, Molina Jiménez (op. cit.) señala que el proceso de despojo de la tierra de las comunidades indígenas sucedió con la total complicidad del campesinado, especialmente de los labradores que

buscaban reasegurar su acceso a la tierra en un periodo de bonanza cafetalera.

Y, por otra parte, aunque una de las transformaciones sustanciales de la época fue la expansión y diversificación del capital comercial, junto con su penetración en el proceso productivo, en la forma de capital financiero y productivo, esto no se dio en base a una privatización global de los medios de la producción y de una proletarización masiva del campesinado. El resultado fue, ciertamente, una diversificación de la estructura social en la que apareció, ahora, el capital comercial, financiero y productivo en la cúspide, luego la pequeña burguesía agroexportadora y, más abajo el campesinado, junto a nuevas capas sociales emergentes como los artesanos urbanos. Pero, en esta diversificación, se renovó y profundizó el "contrato social" heredado del legado colonial. Los beneficiadores y exportadores de café desarrollaron, claro está, sus haciendas cafetaleras, pero lo hicieron permitiendo, no les quedaba otra alternativa, la pequeña producción cafetalera, a la cual compraban sus cosechas y las procesaban para la exportación. Aquéllos no incurrieron en una violenta política de expropiación y acaparamiento de tierras, y éstos accedieron a depender del beneficiado húmedo y del crédito de las élites cafetaleras.

Este complejo proceso social pareciera un punto de referencia ineludible de cualquier investigación sobre la cultura política costarricense. Resumiéndolo, L. Gudmundson (1990) dice: "Debajo de esta élite, avalando a la sociedad entera, estaba el expansivo campesinado pequeño-burgués, encerrado en un abrazo antagónico con los barones cafetaleros. Estos antagonismos y dicotomías históricamente nuevas, de **maicero-finquero** en un nivel aldeano y, lo que es más importante, de **finquero-beneficiador** en un nivel nacional, fueron las claves del ciclo cafetalero decimonónico, más que cualquier proletarización acelerada dentro de una estructura latifundista." (op. cit., p.114).

Por su parte, Acuña Ortega (1991, pp.157-180) demuestra que este "contrato social" se había consolidado a tal punto, durante las tres primeras décadas del presente siglo, que los conflictos y contradicciones entre los beneficiadores y exportadores y, de otro lado, los pequeños y medianos productores, no llegaban a rebasar el marco de las vías jurídicas, la diatriba verbal y periodística y los enfrentamientos personales; tal era el grado de consolidación de las dependencias recíprocas entre los diferentes actores sociales.

Este cuadro se problematiza aún más después de 1950. De una parte, el desgaste de la pequeña producción, perceptible en los

años treinta, se acelera. Diversos mecanismos y un mayor grado de apertura externa aceleran el proceso de concentración y centralización de la propiedad territorial. Por otra parte, el desgaste de la pequeña y mediana propiedad cafetalera no se traduce en una superación cualitativa del estilo de protesta que viene de la primera mitad de siglo. De aquí surgen diversas preguntas:

¿Se llega a los límites, con la muerte de la pequeña producción cafetalera, del "contrato social" heredado del período colonial y de la República del Café? Si es así: ¿Qué efectos tendrá ello sobre la cultura política que tipificó a Costa Rica en el contexto centroamericano? Más aún: ¿Qué tanto es responsable esta cultura política nacional de este resultado? ¿Qué tipo de contrato era aquel que se le deja perecer a pesar de sus eventuales costos políticos? ¿Cómo se relacionaba en él lo vinculante y lo conflictivo? ¿Y qué tipo de "mentalidad" y subjetividad se constituyó con este pacto social?

Para contestar estas preguntas es necesario apoyarse en la investigación histórica más reciente. Aún así, ella debe ser reinterpretada y trascendida a partir de preguntas que con ella no están formuladas.

Estos interrogantes, además, se plantean como una necesidad de contravenir la tradicional ideología de la patria costarricense. En efecto, el discurso ideológico hegemónico ha creado una representación de la sociedad costarricense en la que la paz y la armonía sociales ocupan un lugar sempiterno en su esencia social. La aceptación acrítica de esta representación social o la condescendencia ingenua con ella impiden ver y anticipar los peligros reales de la manifestación e intensificación de la violencia y el terror de Estado en el tejido social existente.

Por último, no cabe duda que la solución a las inquietudes anteriores nos somete a la exigencia de reconstruir desde una óptica interdisciplinaria las formas y dinámicas de los procesos de integración social no contestatarios. Igualmente, sería particularmente provechoso dedicarse a la investigación de la manera en que la construcción de las imágenes del mundo se ha traducido, en la vida cotidiana, en conflictos sociales; esto conllevaría una reinterpretación del espacio social de la agonística particular de nuestra cultura política.

### 3.1.4 El poder y la constitución de la subjetividad

A los anteriores aspectos sobresalientes de la cultura política actual habría que agregar la perspectiva de los individuos que constituyen las cadenas de interdependencias entre los diferentes grupos y sectores sociales. Existen razones suficientes para establecer que las conductas sociales no solamente están condicionadas por lo que sociológicamente se denomina la correlación de fuerzas, sino también por otras formas de autorregulación (instancias superyoicas, p. ej.) que son también un indicador de la historia de ese tejido social y de la naturaleza de los vínculos que lo caracterizan.

No se puede sobrevalorar la divulgada noción de que la sociedad costarricense se caracteriza por un predominio de los mecanismos de control ideológico en detrimento de los basados en la represión violenta y física de los grupos subalternos. Caer en este error sería ignorar la suerte que han corrido estos grupos sociales, particularmente el campesinado costarricense y los trabajadores urbanos. Después de la violenta disolución y persecución de los sindicatos y dirigentes comunistas que tuvo lugar en las décadas del cincuenta y sesenta, y sobre las cuales ha callado nuestra historia oficial, las décadas del setenta y ochenta también se han caracterizado por un fenómeno semejante, sólo que, esta vez, en relación al campesinado costarricense. El tipo de vínculo existente entre el Estado y los medios de comunicación de masas ha disminuido la divulgación de la mayoría de estos incidentes y, en consecuencia, se ha reforzado la noción de que la paz, la tranquilidad y el orden social son los rasgos sobresalientes de esta sociedad.

Por su parte, el tipo de problemas que ha ocupado la atención de los intelectuales en los últimos años ha contribuido también a la consolidación de esta imagen ideológica. La oposición entre los conceptos de consenso y represión ha conducido a una falsa alternativa. De un lado, un énfasis unilateral en lo consensual ha impedido valorar el significado de los hechos de violencia cotidianos, que como lo indicábamos, también están presentes en nuestra historia. Del otro, se anula la posibilidad de reflexionar sobre la calidad y las características de esa violencia. Con ello se oculta lo que a nuestro juicio es un problema medular, a saber, el hecho de que en nuestra sociedad, casi siempre, el uso institucional de la violencia se hace con respaldo político y social. Valga decir, parece existir también un consenso político sobre cómo, cuándo y contra qué utilizar la fuerza y coherción físicas. Cuando la violencia se ha empleado contra precaristas y obreros bananeros o bien cuando ella se ha utilizado contra cierto tipo de disidencia política (el caso del Codo del Diablo y Viviana Gallardo y la Familia, p. ej.), tal uso no parece entrar

en conflicto con la visión del mundo del costarricense promedio. En tales casos la idea de un "castigo merecido" parece tener un importante arraigo.

De esta manera, la tolerancia hacia determinadas formas de violencia social en un país que se mira a sí mismo como pacífico, abre un nuevo problema. La "naturalidad" de la violencia como un castigo justo de los subordinados o los desviados nos pone en contacto con la violencia como un componente de la socialización, como un fenómeno subjetivo e intersubjetivo. Esta dimensión escapa usualmente a los teóricos del consenso que restringen su enfoque a los aparatos institucionales del Estado (la educación, vgr.). En este momento existen numerosos indicios de que el costo de la "pacificación" que experimentó la sociedad costarricense, a lo largo del siglo XIX, ha sido una forma de violencia cotidiana y simbólica, necesaria para formar una identidad entre el "yo", subjetivamente vivido, y el "nosotros", interpersonalmente compartido. Así, la progresiva proscripción de la violencia física de la sociedad civil y su monopolización estatal, estarían relacionadas con la introyección de mecanismos de autocontrol que regularían y canalizarían las descargas emocionales fuertes.

La urgencia de enfocar el proceso de socialización está relacionado con la importancia que tiene en nuestro país la unidad familiar y el peso que sobre ella tiene lo agro-campesino. Hasta la segunda mitad del siglo XX la familia es un punto de referencia permanente, es el modelo al que se acude para convocar la solidaridad con otras instituciones o con la nación misma. De este modelo de familia salen también los puntos de referencia para legitimar la verticalidad, la autoridad y la desigualdad. Ciertamente esta es una realidad que se puede encontrar --por lo menos en el nivel del discurso-- en todos los países latinoamericanos. En ellos se confirma la íntima relación que existe entre los clanes familiares y las iniciativas económicas y políticas que, en el caso costarricense, hacen que el tejido social adquiera una consistencia que recuerda (por su unidad y sus conflictos) la estructura de la familia patriarcal. El nivel macro no puede ser reducido al nivel micro, pero entre ambos existe algún tipo de emparentamiento que tiene que ser analizado.

Los anteriores elementos abren un rico abánico de interrogantes y posibles líneas de investigación. La preocupación por la forma como se consolidan los mecanismos de dominación y represión en el tejido social conduce al análisis de los procesos de socialización política primaria y secundaria. El análisis de éstos, a su vez, desemboca en la interpelación de las instituciones sociales que los hacen posibles, tales como la familia, el sistema educativo y los medios de comunicación de masas. Finalmente, el estudio de los productos culturales finales que se derivan de estas múltiples

instancias sociales nos interrogan sobre los modelos o arquetipos familiares sobre los que se calcan y legitiman las representaciones de la totalidad social.

Así, al proponer la cultura subjetiva como una de las dimensiones constitutivas de la cultura política nacional, el programa se propone abordar sus diversas manifestaciones, a saber:

- a) Las representaciones de la sociedad y del poder en ella. Los orígenes de las visiones del mundo y de la sociedad.
- b) Las representaciones del individuo y su relación con el poder. Los orígenes del autoritarismo psicosocial y político. Las formas de disidencia y represión sociales.
- c) Los orígenes y contenidos de las estructuras morales. La génesis de los dilemas y aporías morales.
- d) La socioemocionología. Los orígenes y contenidos de las estructuras afectivas y emocionales que se colectivizaron a partir de su origen psicogenético.

Ciertamente, existen escasas investigaciones sobre cada uno de estos temas. El trabajo de S. Stone (1975) sobre las genealogías del poder político-económico pone de manifiesto la continuidad transgeneracional de los grupos hegemónicos de la sociedad costarricense. Y, en este sentido, su investigación es uno de los principales antecedentes al estudio de la colectivización de las emociones originadas en la unidad doméstica y su empleo en la esfera política. Sin embargo, Stone (op. cit.) enfatiza el papel de las estructuras y redes familiares al punto de diluir la estructura y dinámica de las clases sociales. La socioemocionología de la esfera política está aún por investigarse en un enfoque que, como se establecía anteriormente, no reduzca lo macro a lo micro o viceversa.

En este caso también es importante señalar que esta perspectiva de investigación se superpone parcialmente con otras investigaciones en marcha relativas al tema del control social. No obstante, para nuestros efectos, nos interesa especialmente la problemática referente a la relación entre la subjetividad y la cultura política nacional. Nuestro abordaje, en lo referente a la subjetividad, está entonces limitado por el intento de aproximarnos a ella en su relación con la historia política de Costa Rica.

#### **4. ASPECTOS ADMINISTRATIVOS**

##### **4.1 Participantes .**

El Programa será inscrito en el Instituto de Investigaciones Sociales, bajo el entendido de que este es un instituto interdisciplinario, representativo de la Facultad de Ciencias Sociales. En consonancia con esta decisión el coordinador del programa será propuesto por el director del Instituto de Investigaciones Sociales al Consejo Asesor del mismo, según lo que es el procedimiento usual.

No obstante, en tanto que la iniciativa de este programa de investigación ha contado desde su inicio con la participación del Instituto de Investigaciones Psicológicas, el mismo aparecerá como un co-patrocinador del proyecto. Este será presentado a la comunidad universitaria y al público en general, como un proyecto de investigación conjunto de ambos institutos, quienes de esta manera entran en una nueva fase de cooperación.

Para todos los efectos prácticos, las principales decisiones atinentes a este programa serán tomadas por los miembros de los dos institutos que lo patrocinan, buscándose siempre que las mismas sean consensuales.

Por su carácter interdisciplinario este programa procurará que otras unidades académicas de la Facultad de Ciencias Sociales y de otras facultades inscriban propuestas de investigación dentro de los lineamientos del programa o bien acepten asignar cargas laborales para que sus profesores-investigadores se incorporen en los proyectos en desarrollo. Igualmente, se instará a todas las unidades académicas para promover la realización de proyectos finales de graduación dentro de este programa. En especial, se buscará atraer la atención de los estudiantes de las diversas maestrías que tiene la Facultad de Ciencias Sociales, sin que ello tenga un carácter excluyente de los estudiantes que participan en otras maestrías de otras facultades.

##### **4.2 Aprobación de proyectos**

Los proyectos serán presentados para su evaluación y aprobación ante el equipo coordinador del programa. Para cada nuevo proyecto se asignarán por lo menos dos lectores-evaluadores, entre los que deben estar representantes de los dos institutos que patrocinan el programa.

El proyecto y los dictámenes de los evaluadores, serán presentados por el coordinador del programa ante el Consejo

Científico del Instituto de Investigaciones Sociales, que dará la resolución final sobre el mismo.

Para efectos de facilitar la colaboración entre los dos institutos, los directores de los mismos tendrán la tarea de ponerse de acuerdo para la asignación de cargas académicas y de otros recursos. De la misma manera, se deja abierta la posibilidad de transferir recursos entre los distintos proyectos del programa y de un instituto a otro, según sean las necesidades que se presenten.

#### **4.3 Otros aspectos**

La divulgación y publicación de los resultados de los diferentes proyectos será un compromiso permanente de la coordinación del programa que, para tal efecto, promoverá y coordinará los esfuerzos necesarios, dentro y fuera de la Universidad.

El programa tendrá una vigencia de 3 años a partir de su inscripción en la Vicerrectoría de Investigación. Se evaluará la conveniencia de su continuación una vez concluido este período.

## BIBLIOGRAFIA

- Acuña O., V.H. & Molina J., I. (1991) Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950). San José, Costa Rica: Editorial Porvenir.
- Barahona R., M. (1986) Las luchas sufragistas de la mujer en Costa Rica, 1890-1949. San José, Costa Rica: Tesis, Universidad de Costa Rica.
- Cerdas C., R. (1985) Formación del Estado en Costa Rica (1821-1842). San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Facio, R. (1978) Estudio sobre economía costarricense. Obras de Rodrigo Facio. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Fonseca, E. (1983) Costa Rica colonial. La tierra y el hombre. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana.
- González O., A.; Campos, D. & Jensen P., H. (1991) Marginados, psicología y política. San José, Costa Rica: CEDAL, Serie "Movimientos Sociales".
- González O., F. (1986) "El discurso oficial de los pequeños y medianos cafetaleros". Revista de Historia, No. 16, 161-191.
- González O., A. (inédito) Estructuras simbólicas del poder. Análisis de un discurso de la historicidad costarricense.
- Gudmundson, L. (1990). Costa Rica antes del café. San José, Costa Rica: Editorial Costa Rica.
- Molina J., I. (1988) La alborada del capitalismo agrario en Costa Rica. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Monge A., C. (1980) Historia de Costa Rica. San José, Costa Rica: Librería Trejos.

Mora S., O. (1990) El apogeo de la República Liberal en Costa Rica. San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Quesada S., A. (1986) La formación de la narrativa nacional costarricense (1890-1910). San José, Costa Rica: Editorial de la Universidad de Costa Rica.

Solis, M. (1990) El Partido Liberación Nacional. Ascenso de una ideología productivista. Berlín: Universidad Libre de Berlín.

Stone, S. (1975) La dinastía de los conquistadores. San José, Costa Rica: Editorial Universitaria Centroamericana.

Vega C., J.L. (1980) Hacia una interpretación del desarrollo costarricense: Ensayo sociológico. San José, Costa Rica: Editorial Porvenir.

Impreso en el Taller del  
INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES  
Responsable: Jorge Oconitrillo